

Amado Nervo, la «Amada inmóvil» y el Padrón municipal

«Nos habíamos amado en la penumbra de un sigilo y de una intimidad tales, que casi nadie en el mundo sabía nuestro secreto. Aparentemente yo vivía solo, y muy raro debió ser el amigo cuya perspicacia adivinara, al visitarme que, allí, a dos pasos de él, latía por mí, por mí solo, el corazón más noble, más desinteresado y más afectuoso de la tierra», escribió Amado Nervo en el Prólogo de *La amada inmóvil*¹. El aislamiento de su vivienda y las precauciones adoptadas le permitieron, en efecto, mantener durante más de siete años una doble vida².

La ocultación de la existencia de dos seres: una mujer francesa y su hija de corta edad, no podía mantenerse ante ciertas exigencias administrativas, como la obligatoriedad de facilitar los datos necesarios para realizar el censo municipal. Gracias a la amable y competente ayuda de la licenciada doña Purificación Fernández hemos podido saber cómo evacuó el poeta tal requisito en 1910, cumplimentando el formulario impreso correspondiente, del que resulta, en primer término, que no eran una, sino cinco las personas que habitaban en el cuarto segundo izquierda de la casa n.º 15 de la calle de Bailén, perteneciente al Distrito de Palacio y Barrio de Isabel II. Los datos consignados son los siguientes:

1. Cabeza de familia: *Amado Nervo*. («El cabeza de familia no se empadrona aquí por haberlo hecho en las hojas especiales que el Ministro de Estado envía a las Legaciones, en Españolito 18»).

2. *Elisa Larguilluie*. Parentesco con el cabeza de familia: *Compañía*. Fecha y lugar de nacimiento: 1846, en Cambrai. Estado y ocupación: *Viuda. Rentista*. ¿Sabe leer y escribir? *Sí*.

3. *Cecilia Dailliez Larguilluie*. Parentesco con el cabeza de familia: *Hija*. Fecha y lugar de nacimiento: 19-IV-1881, en París. Estado y ocupación: *Soltera*. ¿Sabe leer y escribir? *Sí*.

1. Nervo, Amado: *Obras Completas*. Tomo II. Madrid. Aguilar, 1951, pág. 1.115.

2. Simón Díaz, José: *Amado Nervo*. Madrid. Ayuntamiento e Instituto de Estudios Madrileños. 1986. 34 págs. (*Americanos en Madrid*, 2).

4. *Inocencia Carrero Suárez. Criada. 21-VIII-1884, en Ocaña. Casada.*

5. *Lucía de las Heras. Criada. 1-IX-1890, en Pinto.*

Por último se declara que las cuatro residen en Madrid desde 1905.

Con la debida cautela, el análisis de lo expuesto obliga a calificarlo cuando menos de sorprendente. Obligado a sacar de la penumbra al fantasma oculto allí desde cinco años atrás, el declarante advierte el peligro de que el hecho de que convive con una joven francesa salte de las oficinas de la Sección de Estadística del Ayuntamiento a los corrillos literarios de la Villa y a su propia Embajada, cuyos superiores lo ignoraron hasta que él hubo de comunicárselo a fines de 1911. Dada su notoriedad social y los cortos límites de la Villa entonces, no habría resultado extraño, pero la realidad acredita que los secretos estaban más seguros en poder de aquellos empleados municipales que en ciertos bancos informáticos de hoy. La llamada comúnmente Ana Cecilia Dailliez, en la intimidad Ana y aquí Cecilia, dejaba paso a su madre, cuyo estado de viuda se consignó después de haber tachado otra palabra escrita con anterioridad, que hemos de suponer ejercía las funciones de «señora de compañía», no muy normales respecto a un varón y dada su condición de «rentista», pero respetable y fuera de toda sospecha por sus 64 años de edad.

Sin embargo, nunca se había visto a esta señora junto a ellos ni en los primeros tiempos de París, ni en los viajes por América, ni en la estancia en Méjico, ni desde que residían aquí. La hipótesis de que tal vez estaba accidentalmente como huésped, no es admisible puesto que se declara que era residente desde cinco años antes. Quien sí estuvo casi siempre con la pareja, fue Margarita, la hija de Ana-Cecilia, de unos cinco años de edad, omitida en la declaración. Todo parece indicar que la abuela ocupó el lugar de la nieta para justificar la presencia de su hija.

Esa condición de «Hija» que figura tras el nombre de Cecilia parece obedecer a un equívoco intencionado. Sus apellidos daban a entender, como su origen francés, que lo era de la anterior, pero como lo que se preguntaba era el parentesco con el cabeza de familia, lo consignado se refería a éste, que de no haber omitido sus datos dos líneas más arriba habría confesado que fue padre a los once años de edad... y desde otro continente.

Como de costumbre, lo que aclara un enigma descubre otros nuevos. De pasada y para terminar, recordemos que los biógrafos han soslayado el hecho de que esa misteriosa vida de Nervo contribuyó a difundir en los círculos literarios de la Corte la especie de su homosexualidad, recogida —entre otros— por Baroja y Corpus Barga.

JOSÉ SIMÓN DÍAZ
Universidad Complutense de Madrid
(España)